

**LECTURA Y
APROPIACIÓN:
PENSAMIENTOS Y
EXPERIENCIAS EN
EL AULA**

FELIPE VAN DER HUCK

*HACE YA UNOS MESES SAQUÉ DEL LUGAR EN EL QUE SE
GUARDAN LOS VIEJOS PROPÓSITOS -TODAVÍA NO SÉ CÓMO SE
LLAMA ESE LUGAR, PERO SÍ QUE LO RECUERDO SIEMPRE AL
FINAL DEL AÑO- UNO QUE SE RESISTÍA A ABANDONARME:
PREPARAR UN CURSO SOBRE LA LECTURA.*

No un curso estrictamente sobre sociología o historia de la lectura (aunque, de hecho, las tuviera en cuenta). No, yo quería hacer un curso que, apoyándose en algunos aportes de la sociología, de la antropología y de la historia, pero también en la literatura, nos permitiera -a los estudiantes y a mí- pensar en la lectura sin encerrarla en principio en ninguna disciplina. Pensar en la lectura como práctica, pero también como deseo. Pensar en la lectura como gesto, pero también como sentido.

Como voy a hablarles de esta experiencia todavía tan reciente (de hecho, todavía en marcha), que se deriva de mi propio trabajo como profesor (también reciente), utilizaré en algunas ocasiones el pronombre personal. Con esto, no quiero sugerir sino el alcance limitado de estas palabras. Aclaro que en ellas hay una deuda

con las palabras de otros. En especial, y de un modo muy evidente, con las que ha escrito Roger Chartier, el reconocido historiador francés, en numerosos trabajos. Desde luego, y como se acostumbra en estos casos, esa deuda no evita la responsabilidad por mis errores.

Lo primero que hice ya hace unos meses, cuando saqué del lugar en el que se guardan los viejos propósitos aquel que se resistía a abandonarme, fue pensar de nuevo en mis propias lecturas, ir en busca de ellas para que me ayudaran a elaborar un recorrido. Pensé de nuevo en los lugares por donde habían pasado mis ojos, mi lectura con los ojos y en silencio -no siempre, como ustedes saben, se ha leído de esta manera-.

Y, mientras pensaba, comprobé una vez más que leer -como dice Michel de Certeau- «no se garantiza contra el desgaste del tiempo», que la lectura no conserva -o lo hace mal- la experiencia lograda. Y es que, quizás contra una falsa creencia, los lectores profesionales (maestros, bibliotecarios, promotores, editores, entre otros) resistimos también con dificultad al olvido.

Así pues, buscando entre papeles y notas, entre papeles y libros, fui descubriendo de nuevo -también por primera vez- algunas ideas, fui removiendo borrosos recuerdos, fui dando forma a mi viejo propósito. El resultado fue «Cómo leer en bicicleta: libros, lecturas y lectores», nombre del curso que comenzó a finales de julio de este año, cuando en Icesi apenas comenzaba un nuevo semestre académico.

Antes de decir algunas palabras sobre el nombre, quisiera contarles algo sobre el primer día de clase. Era 31 de julio, día lunes, en la media mañana. Tal vez lo primero que hice -pero otra

vez el olvido- fue preguntar a los estudiantes por qué razón matriculaba uno un curso que se llamara «Cómo leer en bicicleta: libros, lecturas y lectores». Hubo respuestas muy distintas, todas más o menos alejadas de mi intención inicial: «es un curso de lectura rápida»; «vamos a aprender sobre técnicas de lectura»; «es un curso de literatura donde vamos a leer distintos autores»; «me llamó la atención el nombre»; «no tenía otro horario».

Al final pregunté si alguien creía que, como de hecho anunciaba el nombre, íbamos a aprender a leer en bicicleta. Un extendido rumor mostró una mezcla de dispuestos al sí y al no. Aunque no lo pensé en el momento, creo que lo que pasó ese día es un buen indicio de que la gente usa las cosas de manera imprevisible, a veces en contravía de lo que otra gente quiere, a veces incluso de las intenciones iniciales de un profesor que, enfrente de treinta estudiantes, espera en vano una respuesta.

Ese día, como suele hacerse en el primer día de clase, propuse a los estudiantes que, antes de presentar el programa, realizáramos un pequeño taller. La introducción era así: «En este curso [...] vamos a preguntarnos por la gente y sus libros, por la lectura y sus razones, por los lectores y sus experiencias. Hacer esto puede tomar -y de hecho lo hace- varias formas. Ya tendremos tiempo de ir descubriéndolas. Por ahora, comenzaremos con nosotros mismos». Luego seguía:

Recuerda algo que hayas leído alguna vez y que te haya gustado especialmente. Para empezar, escribe de qué se trata y cuenta en pocas palabras cuál era la historia, el tema o el contenido.

Cuando hayas hecho esto, escribe por qué te gustó tanto, cómo llegó lo que leíste a tus manos, cuáles fueron los motivos que hicieron de esa lectura una lectura especial. Trata de recordar cuáles fueron las sensaciones y los sentimientos que despertó en ti la lectura, en qué te hizo pensar, y cuáles eran las circunstancias de tu vida en ese momento. Menciona algo, un fragmento, una imagen, un personaje, una idea que recuerdes especialmente y di por qué.

Al final, les decía que trataran de pensar en cosas como en qué lugar o lugares lo habían leído, cuándo, si habían encontrado lo que esperaban encontrar, y que escribieran como si estuvieran describiendo cualquier otra experiencia de su vida, sólo que en este caso se trataba de una experiencia de lectura. Los resultados fueron, para mí, interesantes.

Casi todos se refirieron a libros, que, como sabemos, no son los únicos objetos que portan lo escrito. Un estudiante habló de un artículo de la revista *Semana*, otro de una carta que encontró en el cuarto de sus padres y le reveló cosas fundamentales (aquí, por ejemplo, se trata de un manuscrito)... Entre los libros apareció *Aura*, de Carlos Fuentes; *American Psycho*, de Bret Easton Ellis (en el año 2000 se hizo una adaptación al cine); *Paula*, de Isabel Allende; *El anatomista*, de Federico Andahazi; *El médico a palos*, de Molière, entre otros; aparecieron libros sin título y sin autor, con autor y sin título, con título y sin autor... siempre apareció alguna historia, algún recuerdo, una experiencia, un lugar, algún tiempo, alguna meta, algún conflicto.

Apareció la emoción sin explicación, por ejemplo en el relato de una estudiante que había leído dos veces *El lector*, de Schlink, y

las dos veces, sin entender muy bien por qué, soltó de sus ojos unas lágrimas. Apareció la angustia de una estudiante que, al leer *Paula*, soportó una penosa compasión por su enfermedad, y a quien su papá y su mamá le leían en voz alta. Apareció la época de las vacaciones, un año no muy remoto del colegio, un curso anterior en la universidad. Apareció el azar de entrar a una librería y el azar de encontrar un libro que no se estaba buscando. Apareció la lectura en casa, bien en la cama o en el escritorio; apareció la lectura en la cafetería y en el salón de clase. Podría contarles muchas más cosas, con el asombro que sentí al escuchar, y luego al leer, lo que escribieron los estudiantes ese primer día. Pero me siento casi como tomando un derecho que no me corresponde, o que me corresponde sólo incómodamente.

Sólo añadiré, y con esto comienzo a aclarar el nombre del curso, que los relatos de los estudiantes, sus relatos de cómo, cuándo y dónde leyeron, sus relatos acerca de lo que leyeron y de lo que significó para ellos, sus alusiones a los elementos prácticos y afectivos de la lectura, al sentido de su experiencia, no hacen sino sugerir un hecho nada novedoso, y con seguridad nada desconocido por ustedes; un hecho sobre el que, sin embargo, puede resultar útil pensar una y otra vez, ya sea como investigadores sociales, o como profesores y «mediadores» del libro y de lo escrito. El hecho, ustedes mismos lo habrán comprobado, de que la lectura es una práctica diversa.

Al respecto, los historiadores nos han enseñado muchas cosas. Nos han enseñado, por ejemplo, que nuestra manera de leer en silencio, con «ojos que escrutan la página, lengua inmóvil» (las palabras son de Alberto Manguel), no era común antes del siglo

XIV, aunque se encuentren testimonios de lectura silenciosa tanto en la Antigüedad como en la Edad Media. De hecho, la lectura fue por mucho tiempo, y para la mayoría de las personas, una actividad colectiva, en donde la voz de un lector se dirigía a un público por lo común analfabeto.

Los ejemplos sobre la diversidad de las prácticas de lectura podrían multiplicarse, pero no es este el lugar para hacerlo. «Cómo leer en bicicleta», nombre del curso pero originalmente título de un libro de Gabriel Zaid (en quien también he encontrado apasionantes reflexiones sobre el libro y la lectura), quería insistir, pues, en este hecho del que acabo de hablar: la diversidad de las prácticas de lectura, la diversidad de las maneras de leer, la diversidad de las interpretaciones posibles de lo escrito. Si a uno le gusta, si lo encuentra útil por cualquier motivo, si descubre cómo hacerlo, uno puede incluso leer en bicicleta, por menos autorizada y ortodoxa que juzguemos esta práctica.

De este modo llego a una segunda cuestión de la que quisiera hablarles. También pienso constantemente en ella. Esta segunda cuestión consiste en realidad en una sencilla suposición: la lectura no es un acto en el que se recibe sin dar, o en el que se da sin recibir. En general, las ciencias sociales parecen haber aceptado que los individuos, en sus prácticas culturales (una de ellas es la lectura), no son simples receptores pasivos de objetos, modelos, tradiciones, normas o censuras. Los individuos, en este caso los lectores, hacen cosas con los libros, producen sentido a partir de lo que leen, le asignan un significado a su práctica. Citaré aquí, con el permiso de ustedes, unas palabras de Roger Chartier, que en un artículo titulado «Textos, impresos, lecturas», escribe:

Las prácticas [de lectura] siempre son creadoras de usos o de representaciones que en modo alguno resultan reductibles a las voluntades de los productores de discursos y de normas. [...] El acto de lectura no puede [...] ser anulado en el texto mismo, ni los comportamientos vividos en las prohibiciones y los preceptos que intentan regularlos. La aceptación de los mensajes y de los modelos siempre se realiza a través de arreglos, de desvíos, de nuevos empleos singulares que son el objeto fundamental de la historia cultural.

Como al hablar de la diversidad de las prácticas de lectura, creo que tomar en serio estas palabras puede necesitar de nosotros alguna reflexión, pues ellas nos interrogan no sólo como científicos sociales, maestros o promotores del libro, sino en nuestra propia relación con lo escrito, en nuestros vínculos con libros, lecturas y lectores. Al respecto, sólo insistiré en una tensión permanente, que yo mismo he sentido en mis clases, y que consiste en las relaciones, siempre conflictivas, siempre inquietantes, entre la libertad del lector y la disciplina que intenta controlarla. Y digo tensión porque me parece imposible separar una cosa de la otra. Y sobre todo, porque en el campo de la formación, me parece un error suponer que es posible, mediante una especie de operación mental sin duda muy bienintencionada, hacer desaparecer las relaciones de autoridad que están en juego.

Espero que estas afirmaciones no generen más malentendidos de los que, de hecho, creo que pueden generar. Lo propongo como un debate. Sólo añadiré lo siguiente: así como discuto con mis estudiantes, cuando hablamos de la experiencia literaria, acerca del poco éxito que tiene cualquier estrategia que pronuncie el

verbo leer en imperativo, también les pido, por ejemplo cuando hacemos una evaluación escrita, o cuando discutimos los materiales de trabajo asignados para cada clase (por lo general capítulos de obras de antropología, sociología o historia), que sean capaces de expresarse de manera clara, de elaborar un argumento coherente y de explicar y desarrollar sus ideas.

Pero tal vez me estoy saliendo del tema. Por eso, voy al último asunto del que quisiera hablarles. Se trata de algo quizás ya sugerido, y que en todo caso he tratado de expresar en el uso de ciertas palabras. Se trata, en fin, de considerar la lectura como una *práctica*, como un gesto en el que participa el cuerpo, como una actividad que se inscribe siempre en un espacio y en una relación social (a veces los profesores nos hacemos una idea muy espiritualizada de la lectura, sin duda porque nuestra propia relación con ella es así).

Desde este punto de vista, el de la lectura como práctica, ya no podríamos considerarla sólo como una operación mental abstracta, algo que se produce en el vacío, fuera de todo tiempo y de todo lugar, fuera de todo control o de toda norma, fuera de todo objeto (los textos siempre se encarnan en objetos) o de toda tradición, fuera de todo deseo, de todo temor, de toda lucha. Del mismo modo, si la lectura es una práctica, no podemos suponer que la experiencia de la lectura es abstracta, ni suponer que la experiencia estética que la hace posible es universal. De hecho, es porque estas experiencias no son abstractas ni universales, que las «grandes obras» no son «grandes» para todos, y a veces ni siquiera son.

Esto es algo, me parece, que podríamos tener muy en cuenta quienes tratamos diariamente con libros; también quienes, por una u otra razón, creemos que la lectura puede ofrecer una experiencia

humana fundamental, que la lectura puede ayudarnos a encontrar palabras para nombrarnos y nombrar lo que nos pasa, que la lectura nos permite poner a circular el sentido, deslizar un poco de juego en la inmovilidad del mundo. Es algo, en últimas, que podríamos tener en cuenta quienes, de una u otra manera, actuamos como mediadores de lo escrito, y que, como los profesores, nos preguntamos por la relación entre lectura y formación.

Tal vez, si tenemos en cuenta que la «necesidad de la lectura», y en particular la «necesidad de la lectura» tal como la sentimos los profesionales de la lectura, no es una invariante antropológica, podríamos encontrar formas más generosas, menos arbitrarias, de compartir nuestro aprecio por la lectura, nuestra creencia en su capacidad para hacernos mejores hombres y mujeres. En cualquier caso, habría que evitar los lamentos, los grandes lamentos por tiempos de oro que ya se fueron (hasta la lectura tiene su edad de oro). Y tal vez, más que continuar haciendo cosas *para* los otros, haría falta hacer más cosas *con* ellos, mirarlos más, mirarnos más, mirarlos más para escucharlos más, para que sus palabras nos toquen más.

